

20 Aniversario
time

Memoria Conmemorativa

Expresidentes



MANUEL BARRIOS AGUILERA
Ex presidente de la UNE (1989-1990)



Apuntes desde fuera

Me invitan a escribir un par de folios sobre la Asociación de Editoriales Universitarias Españolas (AEUE), justamente cuando cambia su nombre por UNE, después de veinte años de vida. He de empezar, pues, estas líneas, planteándome la cuestión de si hablo de un proyecto fracasado o de una empresa que en este punto, dos décadas después, toma nuevo impulso tras un camino más o menos fructífero.

Tuve serias dudas de la eficacia de la asociación, acaso porque nunca acabé de ver claramente sus objetivos, al margen de la letra de sus estatutos y de la opinión de otros. Para mí no podía ser mucho más que un foro de discusión e intercambio de informaciones y experiencias de los asociados. No me parecía que diera para otra cosa; pedirle más estaba abocado a la frustración. Razón principal: la enorme diversidad de los asociados (secretariados, servicios y editoriales), que en mucho eran el reflejo de sus propias universidades, de entidad tan dispar, mayormente cuanto se fue concretando el modelo «autonómico» (de hecho, «uniprovincial») de la universidad española. De otra parte, la natural estructura de los servicios y la dinámica político-institucional de cada universidad hacía que la movilidad de los representantes en la asociación fuera insoportable para cualquier empeño con vocación de mínima estabilidad, de trabajo serio. En los más de catorce años que dirigí la Editorial Universidad de Granada, EUG (hasta 1994, Servicio de Publicaciones) conocí a decenas de directores o responsables de servicios de otras universidades; en cada nueva reunión apenas media docena permanecíamos respecto de la anterior. Una locura, un continuo volver a

empezar. A partir de esa realidad, todo lo demás. El remedio en cada ocasión era puro voluntarismo: que los veteranos «hiciéramos pedagogía».

La verdadera solución pasaba por algo tan sencillo, y tan difícil a la vez, como racionalizar mínimamente la estructura de los servicios, uniendo a la dirección, necesariamente política (pues ningún equipo de gobierno universitario puede ni debe renunciar a ese derecho y a esa obligación), un elemento técnico (a ser posible, una estructura), profesional especializado en la cosa editorial, que asegurara la continuidad del trabajo de la asociación (supuesta la de los correspondientes servicios). Naturalmente, eso pasaba por una mayor generosidad presupuestaria por parte de los equipos gobernantes...

Hace más de seis años que salí de la dirección de la EUG y que por tanto quedé desvinculado de la AEUE. Ignoro si estos problemas, muy primarios, se han solventado, aunque sospecho que persisten en gran medida. Me consta que el número de títulos editados por el conjunto de los asociados a la AEUE es muy elevado; que se ha mejorado en general la calidad de la edición; que se elaboran catálogos conjuntos y boletines periódicos de buen porte; que la asistencia a ferias es brillante... Antes del 2000 todo eso eran realidades ciertas, que es natural que se hayan afianzado y potenciado. Pero ¿se puede hablar de un salto cualitativo esencial? Creo que no, pues pervive el problema mayor, un grave problema de conceptualización, que condiciona la vida y la suerte de cualquier asociación y/o servicio. ¿Se ha planteado alguna vez la Universidad (dicha así, genéricamente) una reflexión en profundidad sobre el papel del libro universitario?

La asistencia reciente como «usuario» a una sesión de evaluación externa de la EUG me afirma en que la cuestión principal sigue pendiente. Los tres evaluadores de la comisión (de sendas universidades –ignoro cómo fueron reclutados, ni en función de qué especialización–), jóvenes y aplicados, eran ajenos al libro; sus preguntas, casi siempre de un economicismo primario y de un concepto de la calidad científica y su medida desfasado, denunciaban un desconocimiento aterrador del mundo editorial en concreto y del libro en general. No me quedó más remedio que preguntarles si alguna vez se habían planteado la diferencia entre servicio y editorial, porque cualquier evaluación ha de pasar necesariamente por ahí, es decir, por definir el objeto de lo que se evalúa. Me miraban atónitos.

Esta es la cuestión. De los más de cincuenta editores universitarios ¿cuántos se han hecho esa misma pregunta? ¿Cuántos han tenido la posibilidad y los medios para optar? El tradicional servi-

cio de publicaciones hace mucho tiempo que dejó de tener una razón de ser. Ahora, mayormente, cuando el avance del soporte informático puede poner las tesis, memorias científicas, informes técnicos... en manos del puñado de especialistas en un tiempo mínimo, de forma bien cómoda y a un mínimo coste. Para eso servía, y no para mucho más, un servicio de publicaciones. Una editorial verdadera, no puede estar contaminada por esas exigencias tan primarias, debe ser otra cosa. Ha de publicar libros que puedan ser leídos por públicos con buena formación universitaria, pero no cerradamente especializados; que sean vehículo para divulgar las investigaciones de forma precisa, clara y accesible, con atractivo, sin que haya la más mínima cesión en el rigor científico y técnico; tal como hacen las editoriales privadas que viven de esto. Nada impide que el libro fuera una tesis doctoral en origen, pero lo que ahora se ofrezca será otra cosa; *intelligenti pauca*. Hay ejemplos de que esta opción ha sido cabalmente entendida: se me ocurre citar el caso de la Editorial Universidad de Granada, que, quizás sin alcanzar su máximo por razones estructurales mantiene un renovado esfuerzo en ese sentido con frutos muy estimables; o el Servei de Publicacions de la Universidad de Valencia, ejemplo puntero en el que mirarse hoy por hoy, etcétera.

No deja de ser chocante que la AEUE en sus veinte años de vida no haya conseguido convencer a la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE) de que los productos editoriales universitarios, sus libros y revistas, sean valorados positivamente por los comités evaluadores de la calidad investigadora, o, al menos, que no sean olímpicamente despreciados por muchos comités. Quiero creer que responde ello al escaso crédito que a los propios equipos gobernantes que los mantienen les significan sus propios órganos de edición. Y seguramente tendrán razón; porque ¿cuál es el nivel de impacto de esos productos?; ¿cuál es el grado de prestigio en el entramado social de la inmensa mayoría de los libros y revistas publicados por universidades españolas? Razón que se eleva a sinrazón, porque ¿qué hacen realmente por remediarlo?

Una editorial es algo bien distinto de un servicio de publicaciones. Una editorial crea sus propias líneas de publicación: basa su prestigio primero, por supuesto, en la calidad de sus propios investigadores, que nutren sus mejores colecciones y series monográficas, pero a la vez atiende la alta divulgación, con traducciones de autores importantes, con la captación de firmas del mayor nivel, con volúmenes de bolsillo asequibles a un público mayor que el meramente especializado. Esto no se improvisa; se programa; en modo alguno queda al albur de lo que la propia universidad produce. Nos introduce en un mundo exigente, donde no cabe la rutina y sobran las inercias de

los servicios tradicionales. Con su aplicación sistemática y durante mucho tiempo, sin cortes ni refundaciones, se gana el prestigio y la credibilidad.

Fui presidente de la AEUE entre junio de 1989 y noviembre de 1990, un período lo bastante breve y lejano como para carecer de recuerdos nítidos del mismo. Sí los tengo, y abundantes, de los más de catorce años que dirigí la Editorial Universidad de Granada, hasta 1994, Servicio de Publicaciones, pero no son del caso. En tal condición formé parte de quienes creamos la asociación. Viene a mi memoria la imagen de Miguel Avilés Fernández, el primer presidente de la asociación, sostenedor de aquellos primeros tiempos de búsqueda ilusionada. Partíamos casi de la nada, normalizando el sinfín de reuniones previas. El carisma y la pasión de Miguel Avilés fue fundamental en la constitución de la asociación. Tenía la virtud de unir, de comunicar su entusiasmo. Recuerdo algún paseo nocturno, con él de guía por la judería de Córdoba, ya de madrugada, después de la sesión correspondiente de trabajo; pocos quedan de aquella hornada, de aquel tiempo irrepetible, de un difuso idealismo. Recuerdo múltiples reuniones al amparo de los Liber, en Madrid y Barcelona; del crecimiento de la caseta de la asociación de Liber en Liber...; de las asambleas preceptivas, no siempre apacibles, en Valencia, León, Sevilla o Granada; de la irrupción equívoca de Univespaña; del ilusionante proyecto, frustrado pronto, de la Librería Fuentetaja en Madrid. Luego, otras exigencias académicas me fueron apartando de la asociación, a la que en los últimos años de mi dirección de la EUG seguí a cierta distancia...

Tal vez la evocación de esos tiempos es lo que se me pedía ahora y no las consideraciones críticas que anteceden. A tanta distancia, lo primero me resulta poco menos que imposible, no habiendo conservado documentación alguna. Mis apuntes antecedentes acaso no tengan demasiado valor, y puede que incluso resulten inoportunos para la mayoría, pero no es descartable la posibilidad de que ayuden a una reflexión (pese a su brevedad, asistematicidad y esquematismo), siempre necesaria en una materia tan fluida y tan compleja. En todo caso, pido disculpas por el atrevimiento y expreso mi sincero deseo de éxito, pues soy de los que creen que la edición universitaria es necesaria para la propia Universidad y para la sociedad en general; la unión, indispensable.

ANTONIA HEREDIA HERRERA
Ex presidenta de la UNE (1990)

Agradezco la invitación a participar en la Memoria que tenéis proyectado elaborar con motivo del 20º aniversario de la Asociación.

Tuve el honor y la satisfacción de pertenecer –siendo yo Directora del Servicio de Archivos y Publicaciones de la Diputación Provincial de Sevilla– desde su fundación, a raíz de la reunión en Pamplona (1981) de Editoriales Científicas Europeas, hasta 1995 que dejé la Diputación pasando a ocupar la Dirección del Archivo General de Andalucía.

Junto con el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, el de la Diputación y algunos Servicios editoriales de otras Universidades, fui promotora de la Asociación. Quizá esa circunstancia y la línea científica de las ediciones de las que era responsable, fueron las razones que durante esos años (1981-1995) permitieron permanecer como miembro al Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial sevillana, no siendo Universidad junto con el CSIC.

Durante ese tiempo me correspondió organizar en Sevilla, en la sede del Archivo de la corporación, una de las reuniones periódicas como muestra la fotografía de la misma que he recuperado del baúl de los recuerdos. También junto con Manuel Rincón Vargas, secretario del Servicio de Publicaciones de la Hispalense, elaboramos para la VII reunión celebrada en Cádiz (1985) un «Libro blanco/resumen de las actividades de la Asociación de Editoriales Universitarias Españolas» que debe conservarse en el archivo de esa Asociación. Vimos nacer a CEDRO y nos familiarizamos con la incorporación de las nuevas tecnologías. Van siendo ya años remotos, que permanecen en mi recuerdo.

Tengo que confesar que la cordialidad y el afecto, amén del entusiasmo y el trabajo fueron la trama que ligó a los miembros de esa Asociación en la que aprendí mucho, como editora, cuando mi profesión era la de archivera y docente de la Archivística. Fueron años entrañables y fructíferos. En alguna ocasión, Víctor Amaya, me comunicó que la Asociación me había distinguido y reconocido, cuando yo ya no pertenecía a la misma.

Mis mejores deseos para la Asociación en su 20 cumpleaños, con el más grato de mis recuerdos. Un cordialísimo saludo.



Reunión de la Asociación de Editoriales Universitarias en el Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla.

ISIDRO ZATARAÍN DE DIOS
Ex presidente de la UNE (1992-1995)



Muchas Universidades Españolas habían sentido a lo largo del tiempo, la necesidad de crear un organismo propio, capaz de editar publicaciones –en formato libro o revista– que fueran en ciertos casos institucionales, pero en la mayoría, el tramo final de una investigación de sus profesores, que de esta forma verían divulgados sus resultados, consiguiendo un alcance que valoraba positivamente al Profesor y en definitiva a la propia Universidad.

Pronto se vio que una actuación individual de este tipo, con objetivos y dificultades similares, necesitaba un apoyo mutuo, que solo podría conseguirse uniendo los esfuerzos y quehaceres individuales en una actuación coordinada.

Así nació en 1987 la Asociación de Editoriales Universitarias Españolas (AEUE) que ya desde el principio contó con la mayoría de Universidades, funcionando como cualquier asociación, con unos Estatutos, una Asamblea General y una Junta Directiva con su Presidente, Secretario y Vocales.

La Junta Directiva actual ha tenido el buen acierto de conmemorar este 20 aniversario, y para hacer historia, pedirnos a los que hemos pasado por la Presidencia, unos comentarios de nuestro periodo de mandato, que sean los pequeños retazos que constituyan la historia de estos 20 años.

Yo fui nombrado Director del Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Valladolid en marzo de 1990. Pocos meses después fui elegido por la Asamblea de la AEUE, vocal de la Junta Directiva, y más tarde, en noviembre de 1992, Presidente de la misma.

Tuve la suerte de formar un equipo coherente por la similitud de criterios de la mayoría de la Junta Directiva, entre los que quiero destacar a Víctor Amaya y Joan Durán, que son tan responsables como yo mismo de los aciertos y desaciertos que pudimos tener en nuestra gestión.

También conseguimos integrar en la Junta Directiva a los representantes de Universidades importantes, como Complutense o Salamanca, que no podían estar ausentes de la misma.

A nuestra llegada a la Junta Directiva y pasado ya con éxito el periodo de afianzamiento de la identidad de la Asociación, nos encontramos con unos medios tan pobres, que nos impedían emprender cualquier proyecto medianamente importante.

Nuestra infraestructura consistía en un Secretario Técnico que trabajaba para nosotros unas horas al mes, un teléfono y un ordenador prestados, y una dirección postal, que era un Apartado de Correos de L'Hospitalet de Llobregat.

En nuestra primera reunión decidimos en primer lugar crear una infraestructura mínima que nos permitiera acometer proyectos de futuro a corto y medio plazo valorando la prioridad y la viabilidad de cada uno.

Infraestructura mínima

- ↘ Un local de trabajo y de referencia para los Asociados y todos con los que tuviéramos que relacionarnos, en Madrid.
- ↘ Un Secretario/a con perfil adecuado al puesto, trabajando *full time*.
- ↘ Unos medios de oficina propios y adecuados a las necesidades.
- ↘ Un nuevo Logotipo que nos identificara con lo que éramos.

Antes de dejar la presidencia tuve la satisfacción de inaugurar todo ello y algo más, a pesar de la nula colaboración de las Universidades de Madrid. Sin embargo, tuvimos la suerte de contactar con un librero de los que son amantes de su profesión, muy conocido en los ambientes progresistas de los años de la dictadura, y que puso a nuestra disposición no solo un despacho, sino también un local de 200 m² en el centro universitario de Madrid, para mantener un stock mínimo de todo nuestro fondo editorial, y comprometiéndose a servir los pequeños pedidos en un tiempo mínimo.

Este hombre, al que quiero expresar nuestro agradecimiento, es Jesús Ayuso, dueño de la Librería Fuentetaja, en la calle de San Bernardo, frente a la antigua Universidad. (Por cierto, he leído hace unos días, que han declarado en ruinas este edificio, y que alguna Institución le ha ofrecido otro, quizás por sus merecimientos en épocas difíciles).

En la nueva sede empezó a trabajar Alicia, seleccionada por nosotros, a partir de un anuncio en *El País*.

El nuevo Logotipo pretendimos que nos identificara fácilmente y que además de darnos personalidad, resaltara nuestras señas de identidad: una gran U de *Universidad* y dos pequeñas e de *Editoriales* y de *Españolas*.

Autonomía de las Universidades

Todos coincidimos en que cada Universidad era muy libre de dirigir su política editorial, medios, impresión propia o no, ventas, etcétera, y que la Asociación sólo debía coordinar y dirigir las acciones conjuntas, que desbordaran la actuación individual.

Proyectos de futuro: catálogo general

Nos preocupaba mucho la pesada y lenta elaboración de un Catálogo General anual, que se venía haciendo, y que cuando se distribuía ya estaba atrasado. Trabajamos mucho buscando una solución que con los medios de los primeros noventa no era fácil. Deseábamos algo así como un Catálogo digital *on line*, que en 2007 ya no es un problema.

Venta de nuestras publicaciones

Comprar un libro de cualquier Universidad era entonces una pequeña odisea. Primero para descubrir su existencia, y después para saber cómo adquirirlo. La Librería Fuentetaja nos solucionó también este problema: tendría un par de ejemplares de todo nuestro fondo editorial y serviría por correo los pedidos a cualquier destino.

Relaciones institucionales

Gremio de editores

Las relaciones estaban bastante deterioradas porque siempre nos achacaban –a nosotros y a Gobiernos Autónomos, Ayuntamientos, Diputaciones, etcétera– una competencia desleal por estar subvencionados.

Sin embargo, en un almuerzo de trabajo con su Presidente, se relajaron bastante estas relaciones, convenciéndolo de que nosotros –no los otros casos– no éramos competencia porque nuestras publicaciones, por su contenido, no les interesaban a ellos por su pequeña tirada y escasa venta.

CEDRO

El impuesto que recae sobre las fotocopadoras, y cuyo importe se distribuye entre autores, editoriales y otros, es una gran fuente de financiación que enseguida nos interesó, pues nos permitiría emprender grandes proyectos con nuestros propios ingresos. Había que vigilar el reparto de los fondos de CEDRO, y conseguimos llegar a un acuerdo con ellos: A cambio de un puesto en el Consejo de Administración, nosotros prohibiríamos rígidamente la copia de libros en el recinto de nuestras Universidades, que según sus datos, eran los lugares donde más se vulneraba la Ley.

Director General del Libro

Lo visitamos varias veces en su despacho y en la Feria de Frankfurt, y teníamos buenos planes de colaboración para acudir a Ferias del Libro en el extranjero.

Directora de la Biblioteca Nacional

En su despacho acordamos organizar exposiciones bajo su tutela, tanto en España como en Hispano-América.

Ferias Nacionales e Internacionales

Seguimos asistiendo al menos a todas en las que era habitual nuestra presencia.

Mi responsabilidad acaba el día 15 de noviembre de 1995, en que tuve el honor de inaugurar la Sede de la calle San Bernardo, en un acto organizado por el pequeño/gran Jesús Ayuso, con la presencia entre otros, de Leguina (Ex Presidente de la Comunidad de Madrid) y Calviño (Ex Director General de RTVE) que arropaban al Vice Primer Ministro de Cuba (un viejecito muy amable, de cabello cano, cuyo nombre no recuerdo) y con el que compartí discurso.



JOSEP MARIA RIERA
Ex presidente de la UNE (1995-1998)



La Asociación de Editoriales Universitarias Españolas es un recuerdo entrañable para mí.

Todo empezó en 1993, yo me acababa de incorporar en la Autònoma de Barcelona como director de publicaciones. Las sensaciones eran múltiples y complejas. A mi modo de ver se desaprovechaban las oportunidades de marcar un camino despejado para dar soporte a la docencia y a la investigación. Las presiones para publicar originales indignos de ser publicados, al menos sin una cirugía profunda, era uno de los problemas. El conseguir que los buenos libros no se desviarán hacia las editoriales privadas y al mismo tiempo que tuvieran una distribución profesional, era una esperanza.

Por suerte, en el Servei de Publicacions de la UAB, contaba con un equipo de profesionales de gran valía, que fue un soporte imprescindible durante los nueve años en los que trabajé en la Autònoma. Era muy superior el nivel de los colaboradores que la lucidez de los directivos de la entidad...

En 1993 asistí a una primera Asamblea en Barcelona, muy breve y nada lúdica. Se hablaba de estatutos... O sea de letra fría... La segunda Asamblea en la que participé se repitieron las preocupaciones por los reglamentos aburridos... Por suerte nuestro anfitrión Sebastià Roig nos hizo revivir la confianza en la especie humana. Allí oí que se estaba poniendo en marcha el proyecto Univespaña que me pareció muy interesante, lástima que se gestara fuera de nuestra Asociación.

La siguiente Asamblea tuvo lugar en León, con una visita inolvidable a la catedral. El presidente Isidro Zatarain presentó proyectos de una sede compartida y la contratación de una secretaria técnica. No hubo consenso, lo lamenté puesto que era el primer proyecto de actividad asociativa que me interesó. Nuestra Asociación se rompió por dentro. En la Asamblea de Santander el desastre estaba consumado... a pesar de los buenos oficios de Ramón Maruri un anfitrión digno de todo elogio.

En el viaje de vuelta pensé que al llegar a la Autónoma lo primero que haría sería el darnos de baja de la Asociación... Pero no fue así, unos cuantos nos pusimos en marcha para reconducir la situación. Se había convocado una Asamblea en el CSIC en Madrid a finales de 1994. Preparamos un programa de actuación, debíamos elegir nueva junta, en principio yo no era el candidato a presidir, pero por circunstancias personales, nuestro candidato, ya dentro de la sala desestimó presentarse y me tocó... Por poco margen y con muchas dudas fui elegido presidente de la Asociación.

Trabajamos fuerte y sin complejos, sólo contaba el futuro. Hicimos un convenio con Jesús Ayuso, una persona sensacional, para compartir un espacio en la librería Fuentetaja, para ubicar la secretaría técnica. Seleccionamos con enorme acierto a Alicia Buil para trabajar unas horas en la Asociación. Se incrementaron las participaciones en las ferias. En la primera Asamblea que presidí en Cáceres, se empezó a hablar en positivo. Por primera vez en las asambleas se incluían conferencias formativas del sector.

Seguidamente se produjeron dos actuaciones importantes para nosotros. Por una parte los Rectores de las universidades se habían organizado en la Conferencia de Rectores y querían suprimir alguna de las organizaciones, más o menos estructuradas, corporativas de distintas secciones de las universidades. Lejos de percibirlo como una amenaza, preferimos ir a firmar un contrato «feudal» con Félix García Lausín, secretario general de la CRUE. Fue una entrevista divertida, en un pequeñísimo despacho de un centro de la UNED, la buena sintonía potenció nuestra colaboración. Nos añadimos a su proyecto de búsqueda de una nueva sede digna. Desde entonces compartimos las oficinas... Una segunda actuación importante fue el reconocimiento de nuestra Asociación en CEDRO, con la entrada en la junta directiva y un convenio económico que ha representado una base importante en el sustento económico de nuestra actividad.

La Asamblea de Huelva con Dimas Borrego como magnífico anfitrión, contó con unas jornadas formativas sobre edición electrónica. Era una Asamblea electoral, teníamos la obligación de

salir de allí con una junta de consenso con la participación del grupo más próximo a Univespaña. Manolo Barrios director de Granada fue decisivo... Yo no quería continuar como presidente pero acepté para participar en esta sinergia positiva.

El trabajo de la nueva junta de consenso fue fluido y sin fisuras. Se intensificaron los cursos de formación, se instituyeron los premios de la Asociación, se presentó la primera página Web de la Asociación, y se empezó a trabajar con los catálogos temáticos.

En el marco de profundizar nuestros contactos internacionales, en la Asamblea de Las Palmas, con el inolvidable Germán Santana, contamos con *monsieur* Peletier, presidente de la Asociación Francesa de Editoriales Universitarias Francesas. Por cierto un año más tarde pudimos presentar nuestra Asociación en la Sorbona de París a nuestros homólogos galos.

Finalmente en la Asamblea de Santiago, en las tierras de nuestra incomparable Marisa Melón, en el año 1998, terminé mi etapa como presidente de la Asociación, entregando los bártulos a Víctor Amaya, en cuya junta directiva participé como vocal un año más.

Finalmente quiero hacer mención expresa, aunque incompleta de mi enorme agradecimiento a todos los citados y a personas como: Belén Recio, Huberto Marraud, Alfredo Allué, Antoni Furió, Carme Pinyana, Maite Simón, Chon Serrano y muchos más, que con su capacidad de sumar consiguen que este mundo sea mejor.



La Asociación de Editoriales Universitarias Españolas: su evolución y la edición universitaria

VÍCTOR AMAYA RICO
Ex presidente de la AEUE (1998-2002)



Agradezco a la Junta Directiva UNE concederme el honor de solicitar mi colaboración como presidente de uno de los periodos de la AEUE para analizar el pasado y retos de futuro de la edición universitaria en España.

Mi llegada a la AEUE en representación de la UNED se produce en el año 1987 en pleno período de su incipiente creación, tras muchas horas de trabajo, un grupo de 22 universidades, atendiendo la petición de los Rectores para intercambiar las publicaciones universitarias. Acuerdan hacer un esfuerzo común para que los libros de enseñanza y obras de investigación en las universidades se divulguen en la sociedad, dando vida a la Asociación de Editoriales Universitarias Españolas.

En 1985 y antes de la presentación de los estatutos en el Registro de Asociaciones en 1987, se publica conjuntamente el primer Catálogo de Publicaciones Universitarias Españolas por la mayoría de las universidades, con más de cuatro mil seiscientos títulos que representaba una imagen de la situación científica de las universidades en España, con un primer suplemento en 1986 y un segundo en 1990, en este año se publica un nuevo catálogo del que se hicieron suplementos en 1991, 1992 y 1994.

Ya en la década de los años 80, se pone de manifiesto la necesidad de una distribución conjunta de las publicaciones universitarias, así como la presencia en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara (Méjico).

A partir de los años 90, en la AEUE se desarrollan proyectos esenciales para dar respuesta a sus necesidades y objetivos, tales como de infraestructuras con la puesta en marcha de una sede física

permanente para la AEUE, que si bien contaba con un domicilio legal en la UNED, sin embargo la sede física se fijó en la Librería Fuentetaja de Madrid, gracias a la gran generosidad de Jesús Ayuso, hasta su traslado a la sede de la CRUE en la c/ Príncipe. A ello se unió la creación de una Secretaria Técnica a cargo de una persona física, seleccionada por concurso público.

La AEUE se va consolidando como una plataforma de coordinación entre las editoriales universitarias, realizando actividades de promoción y difusión del libro universitario mediante la asistencia a Ferias del Libro nacionales e internacionales.

Con el objetivo de prestigiar el libro universitario se crean los Premios Nacionales de Edición Universitaria.

Se editan Boletines de Novedades de carácter semestral con una tirada de 50.000 ejemplares que se distribuyen entre el profesorado universitario, Ferias del Libro, y a través de CELESA, a más de 1.000 librerías especializadas y bibliotecas del mundo.

Creación de una base de datos, desde la página web de la AEUE se ofrece la búsqueda de las publicaciones universitarias por materia, editorial, autor, ISBN, como servicio de consulta y acceso de compra.

En 1999 la AEUE, inicia la publicación de catálogos temáticos de su fondo editorial, con Historia que reunía en total más de 3.500 títulos y más de 100 revistas. Continuando en el año 2000 con el catálogo de Filología Hispánica, que recogía más de 2.500 títulos, Historia del Arte 1.600 títulos.

En el 2001 se edita una Antología de fondo editorial para América con más de 1.200 títulos.

En 2002 un catálogo de publicaciones periódicas en CD con 425 entradas y un catálogo de Ciencias Sociales y Derecho con más de 2.600 títulos.

Se imparten cursos de formación con el objeto de contribuir a la profesionalización de la gestión editorial en la AEUE, sobre nuevas tecnologías, comercialización, producción y diseño editorial, derechos de autor.

Durante este periodo, se fomentan las relaciones en el ámbito institucional, Ministerio de Educación y Ciencia, Ministerio de Cultura, CRUE, mediante la presentación de proyectos para obtener subvenciones y otras ayudas. En ámbito privado con la Federación de Gremios de Editores de Espa-

ña, CEDRO, ARCE, CELESA, FANDE, colaborando en la defensa de los derechos de autor y la difusión y venta de los libros universitarios, con asistencia a Ferias del Libro Nacionales e Internacionales.

Y en ámbito internacional, con Iberoamérica, Estados Unidos y Europa, a través de asociaciones análogas, ABEU, ALTEXTO.EULAC, CERLALC, intercambiando experiencias y promoción de los libros universitarios.

Después de recordar los hechos en la AEUE, me quedo con la sustanciosa huella indeleble de todas y cada una de las personas con las que compartí esta tarea.

Toca ahora, el turno al futuro de la UNE en cuanto a sus retos de coordinación editorial entre las universidades y cada editorial en el marco de la Universidad.

Considero necesario que cada editorial universitaria tenga personalidad jurídica propia con plena autonomía, reconocimiento que debe figurar en los Estatutos de cada Universidad y su posterior desarrollo en un Reglamento de régimen interior.

La mejora de la gestión, mediante la aplicación de criterios empresariales para incrementar su capacidad de autofinanciación.

Un mayor grado de profesionalización editorial con la incorporación de las nuevas tecnologías y en los criterios de calidad

En cuanto a la coordinación editorial entre las universidades, la UNE es el instrumento imprescindible y adecuado, pero tiene que buscar formulas de cooperación en sus respectivos mercados, fomentando entre sus miembros, una política de coediciones privada y pública, en manuales, y monografías con colecciones que marquen continuidad para prestigiar el libro universitario en su función social y cultural.

Promover entre sus socios, la necesidad de una distribución común de todos los libros universitarios, haciéndola operativa a corto plazo, que funcione sin exclusividad y alternando el depósito de los libros con la venta en firme, de forma que el público en general pueda conocer, ¿dónde y cómo puede conseguir el libro universitario?

La defensa de los derechos de autor y propiedad intelectual en estrecha colaboración con CEDRO, mediante campañas de sensibilización sobre el respecto a la creación, y elaboración de estudios e informes sobre los daños económicos que causan su vulneración.

Por último, estimo que la UNE debe potenciar las relaciones con Iberoamérica en todos los ámbitos de difusión y venta de los libros universitarios y procurar la creación de una Federación Iberoamericana de Asociaciones de publicaciones universitarias como plataforma para la penetración de los libros universitarios españoles en Estados Unidos.

También se debe aprovechar la coyuntura actual del desarrollo de los nuevos planes de estudios en la universidad, la expansión de la educación permanente y de la educación a distancia para conseguir incrementar la producción y comercialización de los libros universitarios.



ANTONI FURIÓ
Ex presidente de la AEUE (2002-2004)



Vivimos, en estos inicios del siglo XXI, un momento apasionante en la historia de la universidad. El proceso de convergencia europea y la construcción del llamado Espacio Europeo de Educación Superior, más allá de la homogeneización de los planes de estudio, constituyen también una ocasión perfecta para no sólo enfrentarnos a los grandes retos que se le plantean hoy a la universidad, sino también para interrogarnos sobre el papel e incluso el sentido actual de la universidad. La universidad de hoy ya no es como la de los siglos XII y XIII, en los albores de su nacimiento, una institución encaminada fundamentalmente a la conservación y la transmisión del saber académico, de conocimientos teóricos y prácticos, del maestro al estudiante: una universidad escolástica. Pero tampoco es como la del siglo XIX y buena parte del XX: un centro no sólo de altos estudios, sino también de investigación, la gran aportación de las universidades alemanas del Ocho-cientos: la universidad no sólo como transmisora de saberes, sino también como creadora de nuevos conocimientos, como productora de conocimiento. Por supuesto la universidad actual –y la del futuro más inmediato– sigue siendo eso mismo, transmisora y productora de conocimientos (es decir, docencia e investigación), pero es también muchas cosas más, y su marco de acción, de actuación, trasciende con mucho los estrictos marcos académicos. No hay duda de que, en los últimos años, la universidad ha redescubierto y redoblado su dimensión social, su voluntad de implicación en la vida social y cultural de sus respectivos países o ámbitos territoriales. Esta voluntad se plasmó inicialmente con la creación de Secretariados o Vicerrectorados de Extensión Universitaria, con el objetivo de «llevar» la universidad más allá de los claustros. Una finalidad similar, pero todavía más intervencionista y más mediática, han sido los cursos o las universidades de verano, con voluntad de crear un ámbito de discusión pública, incluso para la discusión política, ajeno a la tutela guber-

namental y al sectarismo partidista, de hacerse presente en los medios de comunicación y de influir en la creación de la opinión pública. La universidad ejerce de masa y de conciencia crítica en muchos de los grandes debates públicos que interesan hoy a la ciudadanía, desde la clonación de las células madres a la reivindicación de la memoria histórica, pasando por la denuncia de la urbanización salvaje, la conservación del patrimonio o la defensa de los valores de libertad y progreso. Es mucho lo que queda por hacer en este sentido, en la construcción de una verdadera cultura laica y democrática. Y es enorme el papel que la universidad tiene por delante. En el campo de la edición, sin ir más lejos. La edición universitaria es, para mí, uno de los pilares fundamentales de esa tercera función de la universidad actual a que antes me refería: la función social. No se trata ya de publicar manuales (materiales docentes) o el resultado de proyectos de investigación (memorias, tesis doctorales, actas de congresos, revistas científicas), sino también de obras destinadas a un público más amplio que el estrictamente universitario. Obras de ensayo, de cultura y pensamiento, con voluntad de intervención, de contribuir al necesario debate de ideas, a la creación y fortalecimiento de esa cultura democrática a que antes aludía, siempre tan frágil y forzosamente mejorable.

La universidad tiene en la edición universitaria no un «servicio» más, como ocurre todavía en muchos centros, sino un bastión esencial de su nueva naturaleza. Y la edición universitaria debe añadir a sus empeños tradicionales –y necesarios–, esta tercera dimensión, cada vez más necesaria. Porque de la misma manera que hoy sucumben las librerías, que cierran sus puertas ante el poder irresistible de las grandes superficies, mañana serán las pequeñas y medianas editoriales, las que no puedan contar con un caballo ganador –un *best seller*– que salve su cuenta de resultados. Si en las grandes librerías sólo se exponen las mejores ventas o las últimas novedades, y las pequeñas cierran, ¿dónde se expondrán los libros menos «comerciales», los de cultura y pensamiento? Y más adelante, ¿quién los publicará, si los editores sólo querrán publicar lo que puedan apostar de antemano que se venderá bien? Tienen razón los pequeños y medianos editores en alzar el grito de alarma y clamar por la bibliodiversidad. La concentración de la industria del libro –y basta ojear las estadísticas para ver que ya está aquí, que unos pocos grupos dominan la casi totalidad del mercado– acabará empobreciendo la oferta cultural: primero, reduciendo los títulos, y después, copando los puntos de visibilidad (escaparates de librerías, reseñas en revistas culturales y suplementos literarios de los periódicos). O lo que es lo mismo: oscureciendo, «invisibilizando», a los demás. No soy pesimista. La edición universitaria tiene futuro. Quizá es la que esté mejor situada para resistir el asalto de los grandes grupos, la voracidad del mercado. Para ello hay que trabajar mucho y bien.

Desde cada editorial universitaria, siendo consciente de lo que está en juego, de que no se puede funcionar por pura inercia, practicando una edición «pasiva» (publicando lo que «llega») o subsistiendo como un «servicio» más, sino practicando una verdadera política editorial, en su más noble sentido. Y desde la UNE (antes AEUE, de la que fui dos años presidente y otros cuatro miembro de su junta directiva), consciente de que somos una confederación y no una sociedad jerárquica, piramidal; más consciente aún de su enorme potencial (que sería una lástima derrochar en representación institucional, en mirarse el ombligo, cuando hay tanto por hacer en reforzar la difusión de nuestras publicaciones, que es lo que verdaderamente importa); y a la que expreso mis mejores votos. Un fuerte abrazo y un emocionado recuerdo para todos los que hemos compartido en estos años esta apasionante aventura de la edición universitaria, y el mejor deseo, de compromiso y acierto, para los que se incorporen a ella ahora y en el futuro.



Renovación y continuidad: los dos últimos años de la AEUE

ANTONIO PÉREZ LASHERAS
Ex presidente de la AEUE (2004-2006)



Me piden que haga un breve resumen de los dos años en que tuve el honor de presidir la Asociación de Editoriales Universitarias Españolas, desde noviembre de 2004 a noviembre de 2006, justo los dos últimos años en que nuestra asociación se denominó AEUE y antes de aprobarse la nueva denominación que nos engloba actualmente, UNE, Unión de Editoriales Universitarias.

A unos cuantos meses de haber dejado la presidencia, lo que me viene a la mente son el respeto en el momento de comprometerme con el cargo, el temor a no cumplir con las expectativas que había depositadas en la junta directiva a lo largo del mandato, y la sensación de levedad y de sensación de haber cumplido en el momento de abandonar la presidencia. Eso y la conciencia absoluta de haber invertido mucho tiempo y mucho esfuerzo en pensar y desarrollar acciones que ayudaran a mejorar la edición del libro universitario y su presencia de nuestros libros en todos los foros y mercados posibles. Una tarea complicada, pero posible y necesaria, y, sobre todo, agradecida, al menos si juzgamos los testimonios que nuestra presencia ha suscitado.

Las editoriales universitarias españolas han sufrido en los últimos años grandes transformaciones y la asociación se ha hecho eco de estas modificaciones, facilitando a sus socios la adaptación a los cambios y adelantándose a las novedades que pudieran venir en el futuro. Estos cambios operados por las editoriales universitarias son evidentes con sólo realizar una somera mirada, pues afectan tanto a la estructura interna de las editoriales como al aspecto externo de los libros publicados por ellas: se han profesionalizado los servicios y se ha incorporado el diseño a sus productos, se

someten los originales a juicios externos de expertos y se cuenta con consejos que deciden la evolución editorial.

El resultado es visible con sólo comparar un libro publicado por una editorial universitaria hace diez años y otro reciente: cambian los grafismos, diseño de cubierta, lomos, contracubiertas y solapas, logotipos y hasta el nombre, por no hablar de los paratextos editoriales, publicidad, catálogos o difusión social. Es decir, las editoriales universitarias han pasado de ser un servicio más de la universidad a querer ser editoriales en todo el sentido que el término implica: desarrollo de un proyecto editorial, colecciones específicas, etcétera. Se ha pasado de publicar lo que llegaba a la editorial a poder decidir qué se edita.

El período que me ha tocado presidir de la asociación ha sido, desde mi punto de vista, decisivo en el desarrollo de la misma cara al futuro: se han puesto los cimientos para articular una distribución conjunta de los fondos de los asociados y se ha conseguido, en gran medida, en la distribución en América; se ha procedido al cambio de nombre y a la redefinición de la asociación; se ha fomentado la regularidad en la publicación de los boletines; se ha emprendido la campaña de publicidad conjunta en algunos grandes medios de comunicación; se ha intensificado la presencia de las editoriales universitarias españolas en las ferias latinoamericanas más importantes; se han replanteado aspectos fundamentales en el nacimiento de la asociación como el del intercambio de publicaciones y la solidaridad que implica, etcétera.

Renovación y continuidad han definido una etapa que, para mí, ha supuesto un tremendo esfuerzo personal, pero, a la postre, enormemente satisfactorio. Los frutos irán llegando poco a poco, pero la simiente está ya germinando. Así, la presencia en ferias de América Latina, que no sólo es una exigencia científica para nuestros autores y las universidades o entidades que representamos, sino una necesidad moral por historia, cultura y otras razones más que evidentes. Hoy los números de algunas de ellas revelan que el esfuerzo invertido ha merecido la pena (incluso económicamente: las cifras son siempre tozudas para quien quiera analizarlas).

En fin, creo que el bienio de mi presidencia marcó el final de una etapa y el comienzo de otra nueva marcada por nuevos retos y desafíos a que nos van a someter, por un lado, nuestras instituciones con la transformación de los estudios universitarios, y, por el otro, el mundo del libro, también inmerso en un proceso de cambio y de adaptación al devenir de los tiempos. Retos y desafíos que la nueva Junta directiva de la UNE ha asumido con valentía y decisión.

